

## ALBERTO DURERO Y EL ARTE INDIGENA AMERICANO

por LUIS ALBERTO ACUÑA

El año de gracia de 1500 divide al mundo en dos épocas cronológicas y en dos mitades geográficas. Es entonces cuando se deslindan las edades media y moderna, y cuando se tiene plena conciencia de que la inmensa faja de tierra descubierta de este lado del Atlántico no es por cierto la prolongación oriental de Asia, sino un continente nuevo y desconocido. De Europa vienen, para hacer la conquista y formar las colonias, hombres, muchísimos hombres. De América va, para acrecentar la riqueza de Europa, oro, muchísimo oro. Es así como se inicia, en forma inaudita, ese intercambio de vitalidad y de riqueza que aún no ha terminado, y es así como se activa ese transitar infatigable de galeones que vienen rebosados de vidas humanas temerarias y aventureras, para regresar con el lastre precioso de los metales y la pedrería. Pero ni todas las gentes que de allá vienen son vulgares aventureros, ni los ricos metales que de aquí van son informes lingotes. En más de uno de los conquistadores existía un espíritu culto y de gran señor; y salidas de manos de los orfebres indígenas fueron al viejo mundo, confundidas entre los ingentes montones de metales en bruto, algunas joyas de confección en extremo admirable. Nos complace insistir en estos dos hechos, lo cual hacemos a modo de reivindicación, ya que la historia ha permitido, y en ocasiones estimulado, el erróneo concepto que generaliza la brutalidad de los paladines de la conquista americana, y en igual forma ha dejado pasar casi inadvertido el arte acabado de los orfebres amerindios. A través de este breve ensayo, cuyo objeto es trazar un curioso paralelo entre dos figuras del Renacimiento, que por lo extraordinario de sus vidas resultan de lo más repre-

8

sentativas de su tiempo, surge de pronto el arte americano, la prodigiosa orfebrería amerindia, identificándolas en un común motivo de admiración. Son estas ínclitas figuras la de Alberto Durero, el máximo artista alemán de todos los tiempos, y Hernán Cortés, el prototipo del conquistador español. Aunque el pintor es catorce años mayor que el guerrero, ambos son, sin embargo, contemporáneos; y si sus actividades, en apariencia tan contrarias, se desarrollan en puntos geográficamente muy distantes, ambos están poseídos del mismo espíritu visionario y soñador; llegado un momento crucial de la historia ambos sirven al mismo omnipotente señor, del cual son fidelísimos vasallos. Uno y otro logran la general admiración y la fortuna y ya en el declive de la vida ambos tórnanse meditativos y desengañados y entonces un común sentimiento los invade hondamente: la melancolía. Lo que el uno logra con su espada y su coraza lo consigue el otro con su buril y sus pinceles. Son dos vidas que el destino se complace en ungir con sus mejores dones, capacitándolas así para cumplir la histórica tarea que respectivamente les estaba encomendada. Nunca, que nosotros sepamos, estos dos hombres poseídos del genio tuvieron ocasión de conocerse; es muy posible que el conquistador jamás tuviese noticia del artista; pero Durero sí supo de las andanzas y prodigiosos hechos de Cortés; lo cual nada tuvo de extraño en aquellas primeras décadas del siglo XVI, en que aun las gentes de menos cultura en Europa estaban ávidas de noticias sobre los descubrimientos, cada vez más sorprendentes, que día a día se efectuaban del otro lado del mar tenebroso, en un inmenso país de maravilla. Para Alberto Durero, genuino espíritu del Renacimiento, poseído, como buen alemán y como buen artista de su tiempo, de una viva curiosidad intelectual; de un sentido analítico profundo; de un insaciable deseo del saber y de un constante anhelo de viajar, la idea de las tierras de América debió de producir en la prodigiosa imaginación de que estaba dotado las más inauditas fantasmagorías. En una época en que los artistas, y muy especialmente los pintores, eran múltiples en sus habilidades y conocimientos, Alberto Durero rivaliza con Leonardo da Vinci en versatilidad e inventiva, iguala a Miguel Angel en la potencia de la concepción y los aventaja a todos por la profundidad del pensamiento. El que en sus cuadros de composición y en sus retratos se reveló como un conceutor original y penetrante psicólogo, fue por sobre todo un grabador prodigioso de sabiduría y fecundidad aún no superadas. Sus conocimientos en otros

campos de la inteligencia le indujeron a escribir un tratado de geometría; otro sobre las proporciones del cuerpo humano y gran cantidad de notas sobre anatomía y otras ciencias. No es, por lo tanto, aventurado suponer que a sus manos hubiese llegado aquel tratado que con el título de *Cosmographie introductio* publicó en 1507 su paisano Martin Waltzemüller, en el cual se propone por vez primera el nombre de América para el mundo recién descubierto. Y debió de leer asimismo alguna de las no pocas publicaciones que sobre los nuevos descubrimientos se hicieron en época oportuna y precisamente en la propia ciudad de Nüremberg, de la cual Durero era natural y vecino. Sin duda que tales lecturas y conocimientos avivaron su curiosidad y aparejaron el camino para recibir la impresión más grata de su vida, cuando en su viaje a Flandes tuvo ocasión de admirar dos estupendas piezas de orfebrería, producto del ingenio artístico de los indios mexicanos.

Siguiendo el propósito de parangonar estas dos personalidades características del Renacimiento que fueron Hernán Cortés y Alberto Durero, para mejor ubicarlos en el tiempo y respectivos lugares en que actúan, sorprendámoslos en una fecha que para ambos es trascendental: el mes de septiembre de 1521. Llevados en su vehemente deseo de trasponer los horizontes patrios ambos se encuentran lejos de sus países respectivos: Durero en Flandes, Hernán Cortés en México; ambos suscitan en los respectivos lugares en que se hallan la más extraordinaria admiración; ambos han llegado al sitio de su destino como unos extraños semidioses. ¡Pero de qué diferente manera y por qué desemejantes caminos! Después de noventa y tres días de un sitio infernal, en que las más inconcebibles proezas de valor y de astucia se han realizado, Cortés entra vencedor en México, la agresiva y populosa ciudad de los aztecas; pero penetra por entre una doble hilera de cadáveres; por entre una ancha calzada negra de sangre y sembrada de escombros; a su paso los vencidos le miran con un extraño complejo de supersticioso respeto y de odio infinito. Despacio y en silencio penetran en Tenochtitlan estos caballeros de la muerte, vencedores del espléndido y multitudinario imperio de Moctezuma; es un desfile angustioso, que en medio de un silencio expectante, henchido de fatales presagios, inicia Cortés en persona, seguido de su diezmada legión de feroces, heroicos e invencibles guerreros.

Otra, por lo demás bien diferente, es la entrada triunfal que a Durero se le dispensa en Amberes. La rica y populosa ciudad,

tan próspera, tranquila y laboriosa se ha enterado de que *Meister Albrecht Dürer*, el máximo pintor alemán, está por llegar, y toda ella se ha vestido sus mejores galas; de los altos ventanales cuelgan policromos tapices; en las esquinas de las calles se han levantado arcos triunfales cuajados de flores vivísimas; las agrupaciones gremiales acuden a dar la bienvenida al insigne visitante, portando sus lujosos estandartes y sus pomposas vestimentas. Las campanas se echan a vuelo, las bandas de músicos tocan regocijadamente, y el pueblo se despliega tumultuoso para saludar con extremadas manifestaciones de simpatía a tan ilustre huésped. Algunos desprevenidos curiosos preguntan qué príncipe es aquel que así es recibido con tal solemnidad y alguien responde que quien honra a la ciudad con su visita es, en efecto, un príncipe; pero un príncipe de la pintura, que cuando empuña su cetro, que es un pincel, su reino de puro dilatado no tiene límites ni en el espacio ni en el tiempo.

Para Durero los días transcurren en Flandes venturosamente. De Amberes pasa a Bruselas, a Gante, a Brujas, a Malinas. A dondequiera que llega es recibido con muestras de singular aprecio, y en los albergues del camino los posaderos se niegan a cobrarle, teniendo a grande honor el haberle hospedado. Es en este viaje donde experimenta Durero las dos más gratas impresiones de su vida: es allí donde va a recibir el máximo homenaje de los príncipes y donde va a ponerse en contacto con el arte exótico y admirable de los indios de América. Debemos a la acuciosidad extraordinaria de Durero la redacción de un diario íntimo de viaje, en el cual dejó puntualmente consignadas sus impresiones; en él encontramos multitud de agudas observaciones, de juicios oportunos y de datos curiosos a cual más importantes. Allí encontramos expresada su admiración delante del retablo inmortal de los hermanos Van Dyck. *La adoración del místico cordero*, del cual dice que es “tan hermoso y admirable que no hay suficiente dinero para pagarlo”; anota allí que conoció, entre otras extraordinarias cosas, una estatua de alabastro, esculpida por Miguel Angel. En Bruselas se reúnen casualmente numerosos príncipes, seguidos de brillante séquito de nobles personajes: allí están el emperador Carlos V, el amo de Alemania, de España y las Américas; la princesa Margarita, gobernadora de los Países Bajos, y Cristián, rey de Dinamarca. Para celebrar encuentro tan feliz se sirve un banquete de fabulosa magnificencia; y allí, rodeado de todos los honores, sentado a la diestra del más poderoso

señor que vieron los siglos, está Alberto Durero, como invitado de honor. En Amberes es singularmente festejado por el rico y numeroso gremio de pintores; bueno será en este punto cederle la palabra al propio maestro de Nüremberg para que nos relate el festín inolvidable, según aparece textualmente consignado en su diario; oigámoslo: “Yo, pobre Alberto Durero, partí de Nüremberg a mis expensas, con mi mujer. Pasamos la noche en un pueblo de Baviera, donde gastamos tres balzem, menos seis dineros. De allí fuimos a Amberes. El domingo se celebraba a San Ósputo, y la congregación de pintores me convidó a un gran banquete con mi mujer y mi hija. Nada faltaba en la rica mesa; la vajilla era de plata, y todo el servicio de cristal. Las señoras estaban todas vestidas de ceremonia, y cuando se me condujo al sitio destinado para mí, el gentío se agolpaba a los lados de la mesa para verme. Había allí muchas personas de distinción: príncipes y duques que me recibieron con la mayor afabilidad, ofreciéndome sus servicios y protección para lo que me pudieran ser útiles. Cuando me senté, el mayordomo de los señores de Atorff se me acercó acompañado de dos criados, y me ofreció en nombre de aquellos nobles señores cuatro copas de vino, que suplicaban bebiese en seguida, aceptándolas en señal de alta consideración. Sometíme a esta leal oferta, protestando mi adhesión a la ilustre familia. Llegóse a mí, en seguida, maese Pedro, carpintero del pueblo, y me presentó también dos copas de vino, brindándome siempre sus servicios. Después de pasar una buena parte de la noche alegremente bebiendo y cantando, se levantaron los convidados y me acompañaron hasta mi casa con antorchas, como a un cónsul romano.”

Pero en punto de emociones, todas las anteriores parecen aminorarse ante aquella que le espera en Bruselas, cuando tiene ocasión de ver y palpar las joyas, las vajillas y demás piezas de oro que acaban de llegar a la ciudad y que constituyen el más precioso tributo que vasallo alguno pueda presentar a su señor. Quien tal tesoro envía es el ínclito capitán Hernán Cortés. Sólo el conquistador español puede darse el lujo de obsequiar a su rey con objetos semejantes y sólo de un nuevo país, situado, muy remotamente, del otro lado del mar tenebroso, pueden llegar a Europa tan extraordinarias maravillas. Así lo comprende Durero, quien, bueno es que lo sepamos de una vez, además de pintor y grabador insigne, de diestro geómetra y caviloso pensador, era orfebre y platero habilísimo, pues esa fue su iniciación artística,

y tomando su diario de viaje, ese confidente tan íntimo, tan lacónico y sincero, allí consigna emocionadamente el concepto que le merece esta primera y para él única manifestación de arte de los indios de América: “He visto allí (en Bruselas)... los dos regalos traídos de México para el rey, a saber: un sol de oro del tamaño de una toesa y una luna de plata del mismo tamaño, además de vasijas de todas clases, utensilios de oro y de plata y otros extraños adornos, de tal magnificencia que difícilmente se podrán hallar otros que le igualen. Se estiman en cien mil libras de oro. Nada he visto en los días de mi vida que sea tan de mi gusto. Al admirar estas obras de oro tan perfectas quedo asombrado de la habilidad y del ingenio sutil de los hombres de aquellos países lejanos.” Hasta aquí la cita de Durero. Fue así como el más autorizado crítico de la materia consagró en forma incontestable y rindió el tributo de su admiración al arte incomparable de la orfebrería indígena americana. Para un espíritu como el suyo, difícil de satisfacer, profundamente analítico e impresionable, el tesoro remitido por Hernán Cortés debió producirle la sensación extraña de lo inconcebible a fuerza de ser maravilloso. Aquella noche, al regresar a su posada, impresionado por la visión coruscante de los objetos amerindios, Durero debió de ver en sueños cómo de las profundidades del mar surgía súbitamente un país de prodigiosa fecundidad, siniestramente iluminado por un cielo poblado de metálicas constelaciones. En lo más alto de una montaña, hieráticamente sentado cual un dios en su trono, aparecía la figura colosal de Hernán Cortés, terrible como un cíclope; cubierto de pies a cabeza con su armadura de oro resplandeciente y empuñando en su diestra, tinta en la sangre de sus enemigos, una espada inmensa, flamígera y terrible. A los pies del despota conquistador bullía una multitud de hombres extraños; ocupábanse unos en servir a su amo los más curiosos manjares en vajillas de caprichosa confección; otros llenaban afanosamente de grandes barras de oro y de sacos de reluciente pedrería el fondo de fantásticos navíos en forma de monstruos marinos cuyas jetas enormes no se saciaban nunca. Sobre la copa de los árboles estaban varios hombres provistos de largos cinceles, esculpiendo de manera primorosa los rostros del sol y de la luna; de lo más profundo de la selva venían las voces de una trémula canción indescifrable, mientras abajo, sobre la bruñida superficie de una esmeralda gigantesca, cien mujeres de carnes oscuras y primorosamente cubiertas de alhajas tejían perezosamente una lúbrica

danza al són de cierta rara música que tañían misteriosos seres invisibles.

Ya podemos, por los numerosos datos biográficos que sobre él existen, por la diáfana sinceridad de sus escritos y por la noble franqueza que revelan sus autorretratos, formarnos una muy cabal idea de la germánica personalidad de Alberto Durero. Aduzcamos ahora algunos documentos para formar nuestro concepto sobre Hernán Cortés; que no fue, por cierto, un afortunado aventurero ni un desalmado matasiete, nos lo confirman sus dos más diligentes biógrafos y contemporáneos López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo, leyendo a los cuales se llega al convencimiento de que si alguna vez tuvo que parecer, por excepción, obstinado e inmisericorde, lo fue en la justa medida en que se lo imponía lo tremendo de las circunstancias. Nacido de una antigua familia de hidalgos extremeños supo hacer en todo tiempo honor a su buena procedencia. No fue por otra parte un iletrado, como tántos otros bravos pero improvisados caudillos de la conquista americana. No, Hernán Cortés no fue uno de tántos sinvergüenzas como a esta parte del mundo vinieron, sino un sér en verdad extraordinario, uno de los tipos más caracterísicos de su época. Fue él, como Durero, un tanto reservado, observador, muy caviloso e inclinado a la melancolía. Parécese asimismo a Durero por la sobriedad de las costumbres y por lo visionario del temperamento, no quedándosele demasiado a la zaga en su amor a la belleza ni en lo esmerado de la educación. Leamos al respecto lo que anota el más fidedigno de sus biógrafos y compañero suyo en la conquista mejicana, el viejo Bernal Díaz, cuando dice del gran caudillo que “era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros y en prosa y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con mucha retórica.” Cuando, a raíz de su primera entrada a la ciudad de México cayó casualmente en sus manos el fabuloso tesoro de Moctezuma, procedió con largueza a efectuar el reparto entre sus compañeros, y lo mejor de su parte, así como lo después adquirido en compra, lo remitió a Flandes, como rendida demostración de vasallaje a su señor, el omnipotente Carlos V. De lo espléndido del envío ya nos hemos enterado por el autorizado concepto de Durero, pero resulta muy instructivo conocer el criterio que al propio Hernán Cortés le merecían los productos artísticos del ingenio indígena; veamos, a propósito, la carta con que el generoso con-

quistador acompaña su ofrecimiento, cuyo más pertinente aparte reza: "... fuéronme presentadas asimismo unas obras de orfebrería y platería tan preciosas, que oponiéndome yo a que fuesen fundidas, las tomé por más de cien mil ducados para poderlas ofrendar a Vuestra Alteza Imperial. Son estos objetos de una extremada belleza, y llego a dudar que jamás príncipe alguno sobre la tierra los haya poseído semejantes". Después de leer la anterior transcripción nos damos cuenta hasta qué punto coincidían en su exaltada apreciación de la orfebrería indígena mejicana el genial alemán que grabó las visiones tremendas del Apocalipsis y el general español que realizó la tremenda, la apocalíptica conquista del más indomable de los pueblos.

Y ahora, antes de dar fin a este breve ensayo, conviene anotar que sin duda movido por la admiración expresada por el artista y por el guerrero hacia las joyas de orfebrería indígena americana, fue por lo que el propio Carlos V, que en ley expedida en Barcelona el año de 1519 ordenaba que los objetos de oro adquiridos en la conquista de ultramar fueran fundidos y reducidos a lingotes, seis años después, por ley expedida en Toledo en 1525, prohibía que el oro habido en joyas y en otros artísticos objetos fuese fundido; era así como este monarca, que siempre supo mostrarse como un muy delicado gustador de obras de arte, propendía, muy posiblemente influído por las comunes apreciaciones de Cortés y de Durero, por la conservación del patrimonio artístico de América.

El paralelo establecido entre estas dos vidas del Renacimiento toca a su fin; sincronicémoslas en el año de 1527. Ambos se hallan de regreso a sus países respectivos; los dos han conquistado la fama, la admiración y la fortuna, pero también para los dos ha llegado ese momento hondo y grave de la vida, ese que sólo conocen los espíritus superiores; con cuánta claridad ven ahora ellos que honores, sabiduría, riqueza y bienestar son apenas veleidosas y pasajeras cualidades. Y es entonces cuando sus espíritus reciben la visita de esa silenciosa dama que se llama la melancolía. Hernán Cortés, el ínclito, el fiel, el visionario, ha caído en desgracia, debido precisamente a su altivo e intergerrimo carácter; pues cierto día en que atravesaba una central plazoleta de Sevilla conducido en suntuoso carruaje, el rey ordena detener a ese extraño personaje que así se permite pasar como un gran señor; interrogado por el propio rey, Cortés altivamente le responde que él es alguien a quien su majestad debe más reinos y

riquezas que los que heredara de su antepasados, y volviéndole la espalda continúa su camino. Cuando el monarca se ha enterado de que tan insolente caballero es Hernán Cortés, el indiano le retira su favor despojándolo de los altos cargos y múltiples títulos de que se halla investido.

En su vieja casa de Nüremberg, en su estudio solitario, Dürero toma una plancha de cobre y graba al agua fuerte la figura simbólica de una mujer alada, joven, fuerte y de extraña hermosura; en su mano derecha tiene un compás y su cabeza parece circundada de laureles; el amor, en figura de niño, le hace compañía y a su derredor hay múltiples instrumentos representativos de las ciencias, las artes, los oficios. Pero aquella mujer potente y hermosa, en el apogeo de la juventud, se halla acongojada; una tristeza sin fin se adivina en la cansada expresión de sus grandes ojos que miran desconsoladamente; y toda la figura se recoge, sentada en un rincón, abatida por el peso de su propia impotencia; sólo un pájaro ambiguo y siniestro despliega su vuelo de triunfo sobre esta estampa de misteriosa amargura y en sus alas diabólicas se lee una palabra fatal: *melancolía*.

Asistamos ahora al último capítulo de este paralelo: estamos en 1547. Diecinueve años hace que Alberto Dürero ha muerto y sus conciudadanos aún no han llorado suficientemente su partida. Haciéndose intérprete del dolor colectivo el doctor Martín Lutero ha escrito sobre su tumba este sentido responso que sintetiza el dolor de Alemania ante la pérdida de uno de sus hijos más ilustres: “Cristo en la plenitud de su sabiduría se lo habrá llevado de estos tiempos de calamidad y de los posiblemente más difíciles aún que están por venir, para que quien era digno de mirar nada más que excelencias no fuese forzado a ver tan viles y tristes cosas como nos esperan.”

Entre tanto en Castilleja de la Cuesta, una modesta villa del reino de Andalucía, cargado de pesadumbres y merecimientos, Hernán Cortés, el ínclito caudillo, el prototipo del conquistador español magnánimo y tremendo a un tiempo mismo; el que dilató en forma inmensurable el poderío moral y material de España; el que fuera uno de los padres y fundadores de la ciudadanía mexicana, terminaba oscuramente sus días. Es allí, a media legua de Sevilla, en una casa modestísima que le han alquilado, donde casi solo y olvidado asiste Cortés serenamente a sus postrimerías; hundida la noble cabeza en la palma de su mano diestra, sus ojos

cansados contemplan largamente una simbólica estampa grabada al aguafuerte por un maestro alemán cuyo monograma allí aparece formado por una D debajo de una A; cada detalle, cada pulgada encierra un hondo motivo de reflexión, y el total significado está en la amarga palabra que aprisiona un murciélago en la negrura de sus alas. Aquella estampa es la misma que hoy conocemos con el nombre de *La Melancolía* y es su genial autor Alberto Durero, el inmortal.